



El olvido de la atrofia

* Por José Rentería Torres



Traigo una revoltura en mi mente, y el problema es por el olvido: Resulta que sé quiénes son, recuerdo nítidamente las imágenes de las personas o de las cosas a las que quiero nombrar, pero al tratar de recordar sus nombres se quedan atrapados en los recovecos de mi memoria, o bien, cuando menos pienso, saltan a mi mente desde sus escondites neuronales, por lo que en ocasiones, tengo que hacer malabares mentales para integrarlos, con apuros, en la conversación que estoy sosteniendo, o salen a la luz cuando ya no tiene caso y como ya no ni al caso, regresan al olvido. En otras ocasiones, apurado me quedo cuando por más empeñones que le doy a mi memoria para que salgan estos rejuegos olvidadizos, más se niegan a salir de mi boca. Ahora estoy acá, pero se me olvida para qué vengo desde allá. O en ocasiones me pasa que, a las cosas a las que debo poner atención, las desatiendo porque se me olvidan. ¡UF! “Carmen: llámame, no encuentro mi teléfono” “¿En dónde quedaron las llaves?” “En

donde tú las dejaste”, me responde. Esto es en lo individual, pero si uno compara nuestros olvidos personales, con los olvidados de la historia, tal vez encontraríamos grandes similitudes, pero con la diferencia que los olvidos en las políticas de los políticos podrían quedar olvidadas comunidades completas, y más hoy, con sus mayúsculos

olvidos tienen en jaque a la humanidad entera. Le comento: hace días me realizaron una tomografía craneana y el diagnóstico radiológico fue: “Atrofia Cortical” (la corteza cerebral es la parte pensante de nuestro cerebro). No le miento, la palabra, “atrofia”, del diagnóstico radiológico, me impactó de tal modo que: “A mí que todo se me olvida, no la puedo olvidar”, “Atrofia cortical”. No, no estoy conforme con el uso de la palabra, “atrofia”, pero renglones abajo, le diré el porqué de mi inconformidad. Pero antes que mi cerebro se quede encerrado en el cajón de lo olvidado, deseo recorrer, a saltos, por algunos olvidados caminos de la historia. Estamos en los tiempos cuando los humanos, todavía, no sabían que los clasificarían como especie humana. Sí, desde allá, y aunque no supieran hablar, ya desde entonces, empezó la historia de unos olvidados, quienes apenas bajaban de los árboles rumbo a

la sabana, ya desde entonces, eran obligados por un fortachón todo terreno y su aliado el chamán (una mancuerna dictatorial muy socorrida a lo largo de los siglos), los cuales exigen a los olvidados a recolectar semillas sin parar, la cintura duele, los días son largos del tamaño de su cansancio, “y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.” En este no retorno, el poderoso va acrecentando territorios y esclavos, los graneros de Amenemhat III, se llenan, pero los olvidados de abajo, “ni se ven ni se oyen”, la comida para ellos es de “vacas flacas”. Gines de Sepúlveda, con una memoria mentirosa “olvida” la humanidad de los habitantes originarios de sus virreinos al afirmar que, carecen de alma humana (para justificar que sigan siendo tratados como bestias de carga),

mientras, Bartolomé de las Casas, desde su memoria contradice el falso olvido de su colega, al sostener que: “son seres humanos libres, con almas racionales, por lo tanto no deben de ser esclavizados” (y cinco siglos después ¿cuál es la situación de aquellos, estos, mismos olvidados?). Los europeos, se lanzan a colonizar la mayor parte del planeta. Los esclavistas, en una prolongada emigración forzada, olvidan que las personas que cautivan en África son humanas. Y por el color de piel (negra o morena), los habitantes del sur del planeta, en un largo vasallaje fuimos incorporado una habitud (hexis) de servidumbre, dejando <en el olvido> nuestra capacidad pensante y creativa, igual que cualquier persona del norte del planeta. La esclavitud, sigue teniendo matices. Y nuestros territorios siguen siendo codiciados

